

GABRIEL

TRATAMIENTO DE UN NIÑO CON SÍNDROME DE DOWN

*Marta Cárdenas de Espasandín**

INTRODUCCIÓN

Esta comunicación tiene por finalidad dar a conocer una experiencia clínica que me ha tocado vivir en mi carácter de psicoanalista, y que me ha resultado tan enriquecedora que promueve mi esfuerzo por transmitirla.

En nuestro medio –salvo excepciones– no se han realizado tratamientos de tipo psicoanalítico a niños con Retardo Mental. Incluso se ha considerado una contraindicación terapéutica, como si fuera necesario un coeficiente intelectual por lo menos normal, para poder transitar las fantasías y deseos inconscientes, y como si la solución para estos niños fuera derivarlos hacia una adaptación superficial reeducadora, sin pretensiones de mayores cambios. Me he preguntado si esta postura encuentra su base en una valoración de la inteligencia como cualidad humana “princeps”, como si fuera gestora de lo humano, detrás de la cual se ocultan las verdaderas dificultades de aceptación nuestras, como terapeutas, de las más profundas fallas del ser humano.

Acercarnos a los niños con defectos en su desarrollo, acercarnos a los débiles mentales, acercarnos a los psicóticos, no es más (ni menos) que acercarnos a partes de nosotros mismos, que se hacen presentes en distintos humanos que forman parte de la Humanidad tanto como nosotros, y que merecen toda nuestra atención.

* Francisco Araúcho 1162, apto. 302, 11300 Montevideo.

LA HISTORIA

Gabriel es un niño que nació con un Síndrome de Down, primer hijo varón de una pareja que ya tenían en ese momento dos hijas mujeres de 13 y 11 años de edad. Llegó a un hogar de buen nivel socioeconómico, con una integración familiar relativamente buena.

Fue un niño deseado, luego de un período en que la madre sufrió varias intervenciones por poliposis intestinal. Queda embarazada de Gabriel a la edad de 34 años. Ella dice: *“sólo yo sospechaba. Este chico viene distinto –decía yo, porque no daba patadas–. El médico me decía que no dijera pavadas”*.

Durante el trabajo de parto se detuvieron las contracciones, las pulsaciones del feto se enlentecieron y finalmente nace por cesárea. *“Mi esposo se desmayó cuando le dieron la noticia, yo estaba con anestesia. Él es optimista, pero ahí se despatarró”*.

Cuando se lo trajeron a la madre, inmediatamente ella reconoció la anomalía, aunque los familiares se la negaban. *“Lloré mucho”*. Pesó 2k 800 al nacer y no tenía reflejo de succión. La madre lo relaciona con que las enfermeras por su cuenta; en la nursery, le pusieron una sonda gástrica para alimentarlo. Pero de hecho tuvo que ser alimentado con cuenta-gotas durante un largo tiempo hasta que pudo aceptar la mamadera.

Inmediatamente se pusieron en contacto con técnicas de estimulación precoz: *“tenerlo mucho pegado a mi, luz, sonidos, movimiento...”*.

Me trae una granea en la que están anotados con detalle cada índice de maduración del niño. Se sentó a los 6 meses, caminó a los 14 meses. Se le hizo estudio genético porque asombraba su buen desarrollo. El diagnóstico fue Mosaicismo, lo que explica que en varias áreas su desarrollo fuera adecuado a su edad -el control esfinteriano lo logró a los 3 años- aunque en otras se ponen de manifiesto dificultades, especialmente en las áreas de motricidad fina y de lenguaje. *“Y en el jugar –agrega la madre– en eso se queda, no sabe jugar”*.

Desde los 2 años fue integrado al ámbito escolar.

Es de hacer notar que Gabriel, sobreprotegido por su ambiente familiar, parece haber crecido en una atmósfera de cuidados especiales por un lado, y de afecto y aceptación por otro, siendo integrado a todos los acontecimientos familiares, como viajes, cumpleaños, salidas, no sólo a nivel de su grupo primario, sino también en relación a primos, tíos, amigos de la familia.

En el momento que llega a mí, Gabriel tiene ocho años, ha nacido un hermanito hace dos años, del cual Gabriel se muestra muy celoso, sobre todo desde que éste empezó a caminar y llamar la atención de su familia.

Está integrado a ler. año, con limitaciones en el aprendizaje, recibiendo tratamiento foniátrico y de psicomotricidad. Concorre también a un club deportivo dos veces por semana y tiene una maestra especializada que trabaja con él todas las mañanas durante dos horas.

Usa lentes, audífonos en sus oídos y aparato de ortodoncia por la macroglosia.

La idea de la familia es que hay que exigirle, si no “*se queda*”. Lo describen como cariñoso y con tendencia a la pasividad, trata de respaldarse siempre en otros.

Traen un estudio psicológico en que se resaltan: un coeficiente intelectual normal medio, dificultades específicas en cuanto a motricidad y lenguaje, y la conveniencia de una psicoterapia dado que presenta una inhibición del juego, ansiedad y celos del hermanito y dificultad para encontrar su lugar en la familia.

COMIENZO DEL TRATAMIENTO

Decido comenzar a trabajar con él, preguntándome muchas cosas.

¿Como sería trabajar con un niño mongólico? ¿Qué podría yo aportarle a este niño? ¿Me convertiría en un agregado específico más, dentro de su agenda de actividades de estimulación?

¿Qué tipo de vínculo podría establecerse con él? y en ese caso, ¿surgiría una transferencia? ¿De qué tipo sería ésta?

Niño con un coeficiente intelectual normal medio, pero en un mongolismo, ¿qué posibilidades de simbolización habría en él?

¿Cómo sería el desarrollo de su psiquismo, la formación de instancias, sería equiparable a la de un niño “normal”?

Así como tiene anomalías morfológicas específicas, ¿tendría también anomalías psicológicas específicas?

Con todas estas preguntas en mi cabeza, comenzamos a trabajar.

En las primeras entrevistas, se comporta formalmente, usa hojas y lápices para dibujar los elementos que lo rodean: estufa, mesa, árboles. Son dibujos muy rudimentarios, distorsionados, se diría que hay una dificultad en la percepción. Puedo reconocerlos porque le pido que los nombre y él los señala, sus palabras son ininteligibles para mí.

Utiliza luego maderas para hacer una torre y coloca sobre ella una figura humana pequeña. Me mira con cara de triunfo. Luego la hace caer y la construye nuevamente. Yo lo tomo en relación a él: sus logros, mantenerse sobre lo que logra, o venirse abajo.

Hace entonces una hilera de personas junto a la torre de tal modo que la última de la fila, que es la figura humana pequeña, empuja a la siguiente y van cayendo en serie y finalmente caen todas sobre la torre y cae todo.

Lo siento como una respuesta directa a mis palabras, el diálogo está abierto, este niño tiene posibilidades de comunicación, y muy ricas, a nivel simbólico del juego.

Transmite su vivencia de construcción y de derrumbe; y cierto potencial agresivo que lo lleva a “tirar abajo” todo lo que está en torno a él o en continuidad con él.

La formalidad va siendo progresivamente dejada de lado y Gabriel se va mostrando tal cual es.

Su juego se va convirtiendo en una búsqueda-reconocimiento de sí mismo y de su lugar en el mundo.

Llega, cierra los ojos, al abrir la caja abre simultáneamente sus ojos: como descubrir, encontrarse con algo propio. Da vuelta la caja con todo su contenido sobre la mesa, haciendo una montaña indiscriminada.

Rasga un trocito de papel glacé rojo y lo pega sobre otro papel rojo. Hace rollos finos de plasticina a los que arranca trocitos de los extremos que tira al suelo.

Yo hablo del trocito de papel que separa y pega en otro, como él, que se despega de mamá y se queda acá conmigo, como una separación y un cambio de lugar. Y agregó: “los pedacitos que tiras, algo que separas y es para tirar”.

Va al baño a hacer caca: pedacitos que salen de él que son para tirar.

Une todos los rollos de plasticina en una sola masa, sobre la que va colocando bolitas y contando: 1...2...3... hasta 8.

8 es el número que corresponde a su edad. Y hablo de su necesidad de un piso, sostén (torta de cumpleaños), sobre la cual él pueda sentirse seguro y pueda ir cumpliendo años, ir creciendo.

MAS ADELANTE - AFIANZAMIENTO DE LA TRANSFERENCIA

Más adelante tirará y destrozará todos sus juguetes, dará fuertes puñetazos contra la masa de plastilina-sostén, para finalmente descargar su agresividad directamente contra mí, proyectiles contra mi persona, contra las paredes, contra la ventana. Será necesario ponerle límites y será difícil poner el límite de la hora a la sesión.

Todo este despliegue de actividad, muestra el establecimiento de la transferencia, que no se diferencia en nada, de la que aparece en el tratamiento de otros niños, aunque cada uno tenga su originalidad.

Gabriel está haciendo “uso del analista”, en el sentido que Winnicott emplea este término: poder destruir al analista y que éste sobreviva a la destrucción (6).

Mostraría esto que el diagnóstico de subdotación intelectual no es un impedimento para realizar un tratamiento de tipo psicoanalítico, y me alentó a seguir adelante con el trabajo; sin saber a qué punto habríamos de llegar.

En progresivas sesiones el juega a tirar sus cosas y que yo las recoja, seguido de un tirarlas a donde es imposible alcanzarlas, para terminar tirándose él desde la mesa, desde las sillas, teniendo yo que sostenerlo para que no se lastime.

Tirar lejos, perder, despojarse de cosas, quedar él también perdido, como salido de un lugar, caído.

Dramáticas sesiones en que expresa su vivencia de falta de lugar, de ser arrojado (como eran en la realidad antiguamente arrojados estos niños desde la cima del Monte Taigeto (4) y, sus dudas acerca del derecho a vivir su propia vida.

Progresivamente aparece un deseo de controlar lo que se le escapa, lo que pierde, lo que se le va. Comienza a recoger él algunas cosas y a esconderlas como buscando lugares seguros donde ubicarlas: adentro de un cuaderno, atrás de la cortina, y concomitantemente juega a esconderse él y que yo lo encuentre.

PRIMERAS REFLEXIONES

En este punto me detengo para reflexionar sobre la secuencia.

Podría pensarse que Gabriel va, desde una indiscriminación inicial, al desarrollo de un Fort-da, donde en el comienzo predominaba el Fort-tirar lejos y luego se va incluyendo un da-recuperar.

Par ausencia-presencia que va constituyendo un afuera y un adentro, un yo y-no yo, dentro de él mismo.

Se trata del surgimiento, a través de la actividad motriz, del juego y de la transferencia, de ciertas categorías de pensamiento o representaciones mentales que permiten el establecimiento del “ser” (en el sentido de que D. Gil le da (3), en cuanto a “existencia”, núcleo del yo, que será luego yo instancia y yo persona, a través de un amplio recorrido.

Digo esto porque creo que en estas primeras etapas del trabajo con Gabriel, estamos más cerca de los procesos que operan en la identificación primaria, movimiento que se da desde el niño hacia los otros “donde se interrelacionan aspectos de la maduración neurofisiológica, deseos, vivencias, acontecimientos, fantasías, gestadas en la interrelación del niño con su medio”.

Es algo de esto que hace fuerza desde Gabriel, haciéndose presente en la repetición, algo de su UNIDAD NARCISISTA fallada, y que habrá que reconstruir.

Algo de la vivencia de sus padres en las primeras etapas de vida de Gabriel, debe ser lo que está presente en esta falla. Algo de lo que la frase siguiente enuncia:

“El niño,preciado reducto del narcisismo parental, cuando no es normal, evoca lo real de un modo violento. Se diría que no hay palabras para cubrir semejante agujero. Es encontrarse cara a cara con la castración”. (1)

Gabriel necesita de la presencia de un otro con quien jugar la ausencia, juego de presencia-ausencia, que le permita poder encontrar-encontrarse, para llegar a reconocerse a sí mismo.

Esto se realiza a partir de un punto en que me vive como presente pero separada de él, incluye nuevos juegos en que aparecen su iniciativa y su creatividad.

NUEVOS JUEGOS. BÚSQUEDA DE SU IDENTIDAD

Primero es a tirar la pelota contra la puerta; no desaparece, vuelve a él. Luego ubicado él en un lugar y yo en otro, el juego es a pasarnos la pelota y cada tanto hacer algún gol ... juego que con el transcurrir del tiempo pasará de ser el perdedor a ganarme por muchos goles, a luchar contra mí como cuadros contrarios. A veces es “nenas” contra varones: él con todo su equipo de compañeros de clase, yo con los nombres femeninos correspondientes a sus masculinos. O simplemente Nacional contra Peñarol o Uruguay contra Bolivia.

Va afirmando así una identidad propia a ser defendida, identidad de un “sí mismo” a defender, e identidad de un sexo propio a defender.

Otro juego es el de roles. El es el maestro, yo la alumna, o viceversa, yo soy la maestra que lo pone en penitencia porque él “tira piedras” contra el pizarrón. O es el juego de la guerra, somos bandos contrarios que con los materiales-armas que él reparte, nos atacamos cada cual desde su sitio.

A medida que se dan estos juegos, con los que elabora su autoafirmación, su identidad propia en base a una separación y reconocimiento de espacios propios de cada uno, va cediendo la agresión directa. Es necesario el uso de la agresividad para lograr la separación, pero ya no es directa, aparece simbolizada en el juego.

Y junto a la separación, se va produciendo un acercamiento, que como la agresión, por momentos es masivo, intrusivo, es directo, su cuerpo y el mío en comunicación-exploración (que describiré luego x brevemente por las ansiedades que despertó en mí), y que luego también se irá simbolizando en juego de roles que repetirá muchas veces, con ricas variantes. Somos novios, nos ponemos uno al otro las alianzas, nos casamos en una seria ceremonia, bailamos juntos, hacemos pasar a nuestros invitados, y en el momento del banquete algo le sucede al comer: se atraganta y muere. O tiene una pistola y se dispara un tiro en la cabeza.

Aunque hay en estos juegos, un registro de temor a la muerte, por sus deseos incestuosos, hay por detrás un jugar a ser el muerto para convocar un ser querido vivo. Muchas veces debo llorar largo rato, desesperarme por su muerte, pedir ayuda a alguien que lo reviva, ser el médico que le administra los remedios con cuentagotas, (como la madre en el comienzo de su vida, cuando él estaba por morir).

Ser-cuerpo libidinizado en la relación, para ser amado en su existencia tal como ella sea o para ser llorado ante su desaparición. Gabriel necesita reasegurarse de que es querido, que su presencia importa, que hay un deseo en otro de que él viva. Sus fantasmas de muerte se hacen presentes, ya no como en el inicio en que eran actuaciones impulsivas, que ponían en peligro real su integridad, y que exigían de mí salvarlo de sus golpes y caídas autodestructivas, poniendo límites a su auto y heteroagresividad. Ahora estamos transitando esto, pero no ya en lo real, sino en lo imaginario, en el mundo de sus fantasías que se despliegan en el área de un juego creativo y simbólico.

De jugar de un modo en que él siempre perdía, era pasivo, yo tenía que alcanzarle las cosas, pasa, muy progresivamente, a un animarse a ganar, a mostrar sus

deseos de ganar, competir (aunque tenga que mentir o engañar para lograrlo), que se acompaña de temores de si será aceptado así, o de lo contrario se imagina muerto.

Se va dando así el pasaje de la castración imaginaria, en que la fantasía es ser muerto, a la castración simbólica que implica la aceptación de sus límites (no sólo en lo que a su anomalía física se refiere), que posibiliten su inserción en la cultura, límites en la rivalidad con su padre y su amor edípico hacia su madre.

LOS LÍMITES

Hay una etapa de acercamiento físico, en la cual es necesario desentrañar, cuanto corresponde a una necesidad de Gabriel de sentirse aceptado con su cuerpo “distinto”, reconocer su cuerpo tomando el mío como espejo, como proceso de importancia vital en él, pero al mismo tiempo saberlo limitar cuando comienza a erotizarse y nos deslizamos hacia el incesto.

Hace tiempo que alternamos juegos de la guerra, con juegos de pelota-fútbol, Juegos de roles maestro-alumno y Juegos de pareja: “los investigadores privados”.

Hace tiempo también que Gabriel viene con cuentos de cosas que ocurren en la escuela, o un viaje de su familia, o un cumpleaños de un amigo ... trae su vida real con lenguaje verbal.

Pero junto a esto trae un juego sin palabras. Interrumpe lo que venimos haciendo, para acercarse, los dos sentados en el suelo, la suela de sus zapatos contra la suela de los míos, las palmas de sus manos contra mis palmas, entrelazar sus dedos entre los míos, acariciar tiernamente mis manos con sus dedos y yo hacer lo mismo con él (adviento su piel áspera y rugosa, que pienso que deberá tener una sensibilidad especial), me da un beso en la cabeza, yo uno a él. Todo esto en un estado de concentración y seriedad, que crea un clima de algo muy importante para él, uno diría como un ceremonial en una iglesia.

Otras veces el juego corporal es “transitivado” por la pelota. En una sesión en que la madre está de viaje, viene resfriado, triste, sin fuerzas para hacer goles, se va tirando al suelo, queda tirado con la cabeza contra el piso ... y luego me hace tirar la pelota contra él. Yo debo tirar y embocar con la pelota en un pañuelo que él va colocando sobre distintas partes de su cuerpo y que yo voy nombrando: en la mano, en la pierna, en la boca, en la cabeza, en los ojos.

Es como él se siente, lastimado en cada parte de su cuerpo, como al irse mamá el quedó así, sintiéndose hecho pedazos.

Pero también es como que cada toque de la pelota en cada zona dolorida, lo va curando, como que puede ir uniendo sus pedazos a través de la pelota que lo toca.

Al decirle esto, él se para y juego a hacer equilibrio con la pelota sobre su mano.

En otras sesiones, él me tirará la pelota a mí y yo a él, nombrando el lugar del cuerpo tocado, con una frase: te amo ... en tu pie. Te amo ... en tu boca ... Te amo ... en tu cabeza. Te amo ... en tu pito. Te amo ... en tu pichí. Te amo ... en tu caca.

Otras veces son juegos de incorporación: muerde la pelota y me la envía. Yo debo morderla y enviársela.

Son juegos con inclusiones recíprocas, paradójicos a veces, como cuando yo debo embocar con la pelota en su cabeza fija y el tanto es de él, y es tanto mío cuando él tira y emboca en mi cabeza quieta.

La pelota es luego lo que se interpone entre su cuerpo y el mío, lo único que nos separa: unidos por las manos con la pelota interpuesta, unidos por la frente o por la nariz, con la pelota entre los dos, unidos por la boca, con las dos bocas sobre la pelota ... pero es un juego en el que se va erotizando y que yo interpreto ya no solo en términos de un querer conocer-encontrando lo suyo en mí, sino en términos de un deseo erótico hacia mamá, al cual pongo límites hablando de lo prohibido por papá.

Lo que sirve para unir, sirve también para separar.

Trabajando el vínculo primario con la madre, aquél que le permitirá reconocerse como en un espejo, integrar sus pedazos, identificarse como una unidad, surgen fantasías a ser incluido dentro del cuerpo de la madre, o incluirla él dentro del suyo (comerse la pelota. Otras veces en esta línea somos león-leona que nos devoramos mutuamente).

Y allí surge en mí una inquietud, la necesidad de poner un límite, pasar de una función materna que otorga identidad (sin caer en la fusión), a una función materna que es frustración de sus deseos y a una función paterna que establece una prohibición (impidiendo de ese modo la fusión).

La pelota aparece como objeto metafórico y metonímico: pelota-pecho que lo une a mamá, pero que yo introduzco como pelota-pene de papá que se interpone y nos separa.

Momento de entrecruzamiento de funciones, momento de máxima exigencia y dudas en mí, ¿cuánto permitir?, ¿cuánto frustrar sin lesionar?

Momento de instauración de instancias: ¿un superyo que prohíbe, un yo que limite y controle las pulsiones provenientes del ello?

¿Formación de un aparato psíquico en que actúe la represión de un modo eficaz?

Aparece como algo externo, puesto desde mí, pero que nos involucra a los dos. ¿Será que yo también ahí como un espejo le devuelvo “algo” para que él lo incorpore? Si es así, es un espejo con una rajadura, la imagen que le devuelvo es deformada, ya no es la misma que él me da, hay un “algo más” en el espejo.

A través de las sensaciones: besar, ser besado, acariciar, ser acariciado, es como si él distinguiera su cuerpo del mío y encontrara límites entre el cuerpo de él y el mío, en el sentido de un yo-no yo.

Pero al mismo tiempo encuentra en mi el límite de lo prohibido, un límite externo a ambos y que se nos impone a los dos.

Y es en el curso de muchas repetidas sesiones, que se da el acercamiento y el límite, y en que se superponen las fantasías respecto de su origen, su necesidad de ser querido, amado como hijo, y sus deseos incestuosos y la culpa.

Las fantasías de muerte aparecen a veces en relación a su nacimiento. Somos una pareja, estamos en Navidad, nace un bebé, Papá Noel mata al bebé. Viene otro bebé que ponemos en la cuna, pero somos la pareja en el “Castillo de la Suerte”, y lo que sacamos de premio fue el chanco.

O somos una pareja haciendo el amor, escucha sobre mi barriga los latidos del bebé y al nacer lo mata. Me mata a mí y se mata él.

Es como si expresara a través del juego, los distintos desenlaces posibles de su conflictiva edípica. Identificado con el bebé a ser matado, desvalorizado, castigado por querer ubicarse en el lugar del padre, o siendo él quien realiza el crimen de la pareja parental y su propio suicidio. Trágicos destinos sobredeterminados: el bebé no querido en el momento de nacer, necesitado de acercamiento y reaseguramiento del amor, y el niño hijo, fruto de la pareja, que debe ser frustrado, limitado en el amor, ubicado como tercero excluido.

Difícil tarea ésta, de aceptar y separar, que llevamos jugando desde hace meses, sesión tras sesión, procurando la elaboración de sus conflictos y preocupaciones en torno a su origen y a su destino.

Gabriel lleva ya 5 años de tratamiento. Se ha convertido en un púber de 13 años. Sigue integrado en el colegio que lo acogió, brindándole un lugar para su desarrollo intelectual y social. Tiene amigos, juega bien al fútbol en el que participa con mucho interés. Su aprendizaje escolar es limitado, no sigue el nivel de la clase (5º grado), pero es aceptado y querido por sus maestros y compañeros.

Cada tantos meses nos reunimos los distintos técnicos que trabajamos con él: maestra, fonoaudióloga, psicomotricista, psicóloga del colegio, reeducadora pedagógica, e intercambiamos nuestras opiniones e inquietudes.

Gabriel avanza, madura, crece, hace progresos notorios en el lenguaje, en la integración, en su auto-valoración.

Pero siempre nos queda un interrogante: ¿hasta dónde podrá llegar?, ¿cuál es el límite de sus posibilidades?

¿Pero acaso ésta no es la pregunta que se hace cada padre sobre su hijo, cada analista sobre su paciente?

“Tampoco sé donde mueren los pájaros, pero eso no me impide disfrutar de su vuelo ...”(2)

TRES AÑOS DESPUÉS

Gabriel y yo hemos seguido trabajando, y nos hemos planteado juntos la posibilidad de una terminación.

En mí estaba presente la duda: ¿sería posible para Gabriel elaborar una separación?, ¿habría adquirido la función de simbolización en grado suficiente como para trabajar esta pérdida, o habría que plantearlo como una interrupción?

Creo que aparecieron elementos en el material que me anunciaban a mí la terminación.

Por un lado sus logros: la verbalización, que pese a las dificultades fonológicas llenaban a veces la totalidad de las sesiones; por otro lado la autopercepción de sus limitaciones, tomando conciencia de ellas pudo jugarlas, verbalizarlas y llorarlas.

También aparecieron indicios en el juego de un “encierro” y querer buscar la salida, o que yo pusiera mi atención en otros que no fueran él.

Consideré que siendo un niño lento en su ritmo de adquisiciones, también tendríamos que darnos un tiempo largo para que él pudiera integrar la separación.

Mostraré cómo poniendo límites a su despliegue corporal, Gabriel logró, a mi entender, una elaboración de nuestro fin de tratamiento, de un modo simbólico que incluyó la creación poética (¿sublimación?).

LA NOVELA ROMÁNTICA ELABORACIÓN DE LA SEPARACIÓN

Al final de una sesión en que le hablo de nuestra finalización, que lo vamos a ir haciendo y hablando de a poco, él me toma la mano, me acaricia, se aferra. Yo le digo que tiene miedo de separarse y perder a Marta.

Toma una hoja y escribe: *Marta, sos suave y linda, tu novio Gabriel.*

Sigue acariciando mi mano y me dice: “¿Y?” señalando una hoja para que yo conteste. Escribo: Gabriel, sos bueno y lindo, tu amiga Marta. La mira serio. Remarco lo de amiga, que él es realmente para mí una persona buena y linda y que yo lo aprecio como amiga. Pero no su novia. Sigue serio. Es la hora y su despedida quiere ser efusiva. Yo lo limito.

Se continúa así una correspondencia epistolar que marca el clima de todas las sesiones, y a través de la cual se va elaborando la separación.

Entra muy correcto y me escribe una carta: *Amiga Marta, te quiero mucho, tu amigo Gabriel* Y me dice: “*novios no*”. Como que entendió lo que hablamos la vez pasada y se ubica en lo que somos = amigos.

Le escribo: Amigo Gabriel, yo también te quiero mucho y te voy a recordar siempre, tu amiga Marta. La lee, sonrío.

Luego carta de él: *Marta, el sábado me voy a Bariloche. Te quiero mucho, tu amigo Gabriel.*

Yo resalto oralmente que él me escribe: “*me voy*”, ahora de paseo, luego para siempre, aunque sigamos siendo amigos, con la puerta abierta para ir y volver.

Carta de él: *Amiga Marta, te deseo gracias y suerte en mi vida, no te olvides de mí porque te quiero mucho, Gabriel.*

En las sesiones subsiguientes las cartas van y vienen, transmitiendo sentimientos, en relación a la separación. Transcribo frases de él, que expresan vivencias de muerte, duelo, negación, rabia.

* *Marta, vas a matar a tu esposo, o te mato yo a vos.*

* *Marta, no separemos, porque voy a llorar mucho.*

* *Marta, asesina, no separemos, juntos siempre.*

* *Amiga Marta, vamos a jugar a los novios, sí o no?* Yo le respondo que podemos jugar a los novios pero sin tocarnos los cuerpos, sin caricias ni besos ni abrazos, sólo jugar en el aire.

* *Marta, vos tenés razón que no tocamos los cuerpos, te amo en el aire, tu amigo Gabriel.*

* Marta, no vamos a separar porque tengo bronca, yo también tengo una esposa de verdad, tocar de verdad y otra como vos, tu amor en el aire. Gabriel.

* *Querida Marta: vos sabés que no se puede tocar el cuerpo ajeno, estás linda, los ojos lindos, y también la boca linda. Mándale un beso a tu esposo que vos tenés siempre a tu lado. Tu amor en el aire. Gabriel.*

Otro día:

Marta, yo voy a matar a tu esposo, si o no, porque yo me mato solo sin vos. Vas a llorar muy fuerte hasta que los vecinos oigan.

Le contesto: Amigo Gabriel: no mates a mi esposo que yo elegí para vivir con él. No te mates solo sin mí, porque **tú puedes vivir solo sin mí** y disfrutar de tu vida, de tus amigos, de tus parientes, de tus cosas que aprendes, sin necesidad de Marta. Tú ya puedes vivir sin mí, sin morirme. Y yo te voy a querer siempre en mi corazón, aunque nos separemos. Tu amor en el aire. Marta.

- *Marta, yo me pongo a llorar, porque no voy a matar a tu esposo, vos tenés razón. Te amo en el aire. Gabriel*

- Amigo Gabriel, si tú no matas a mi esposo porque yo tengo razón, tú te pones a llorar. ¿Por qué te pones a llorar?

- **Amiga amada Marta: la vida es así mismo porque este año se termina el mes de diciembre del año 1991 y empieza el otro año 1992. ¿Por qué te vas sin mí? tu amigo y querido Gabriel.**

- Querido amigo Gabriel: sí, la vida es así, y eso dan ganas de llorar, porque siempre se pierde algo (1991) pero también algo empieza (1992). Me voy sin ti porque tú no eres mío, tú eres libre y tienes tu propia vida para vivir. Yo no te mato, sólo te dejo libre, sin mí, porque no me necesitas más. Y yo, aunque me quede sin ti, te sigo queriendo siempre en mi corazón. Tu amiga Marta.

- *Amiga Marta; muchas gracias, me gustó la carta que me enviaste, ésta sería el FIN. Gabriel.*

Pero sigue reiterando:

* *Amiga Marta, no separemos. Porque sos mía. Te quiero mucho. En los casamientos te quiero como de antes de casarse. Sos mi novia para siempre. Vas a separar con tu esposo y conmigo no.*

Y por momentos aceptando:

* *Amiga Marta Cárdenas: vos me querés mucho porque yo quiero mucho a Marta, los ojos están azules en el mar, en cielo las estrellas brillan. Esto es un verso de amor. Te quiero mucho, tu amor en el aire, te amo en el aire.*

Y así, con nuestro amor en el aire, está planteado finalizar nuestro trabajo en Diciembre de 1991.

Gabriel mismo trajo la fecha, lo conversamos con los padres. Es el fin del vuelo.

A mí me deja llena de inquietudes, envuelta en un aire plagado de incertidumbre, pero también por el aire van las cartas, las voces, los recuerdos, las posibilidades de comunicación.

Y yo espero que este modo de elaborar Gabriel la separación, a través de su creación poética, signifique para nosotros, lo que R. Tagore logra expresarnos sutilmente de una situación de encuentro y despedida. (5)

“Fijos los ojos en el cielo distante, me preguntó:

- Nuestros días juntos, ¿se han desvanecido por completo?

¿nada queda de ellos?

Permanecí en silencio durante un momento. Después respondí:

- Todas las estrellas están ahí,

en la profundidad de la luz del día”

.....

En la estación siguiente, descendió del tren. Yo seguí viaje, solo.”

Julio 1992

Resumen

Se plantea la historia de un niño de ocho años, portador de un síndrome de Down, quien llega con indicación de tratamiento por su inestabilidad emocional, sus dificultades en la comunicación verbal y ausencia de juego, elementos que se suman a los trastornos propios de su enfermedad: lento desarrollo psicomotriz e intelectual, dificultades de la visión y en la audición, macroglosia, implantación baja de las orejas, facies características, etc.

Se presentan las primeras sesiones de tratamiento, tendientes a descubrir sus posibilidades de comunicación y el establecimiento de transferencias, que se va demostrando como posibles y ricas en el curso del mismo, y alientan a la terapeuta a continuar con el trabajo, aun cuando se realice en un campo que se podría describir como de “frontera” del psicoanálisis, dado lo poco explorado del mismo y las dudas acerca de las posibilidades de elaboración mental del paciente.

En el transcurso de las sesiones se puede observar un progreso en su estructuración psíquica, que va desde una indiscriminación inicial, atravesando juegos reiterados de presencia-ausencia, construcción-destrucción, fusión-separación, hasta el establecimiento de una identidad propia y la instauración de juegos con claros contenidos edípicos, en los que se entrelazan el deseo y la muerte, que pasan a ser simbolizados en múltiples y variadas fantasías.

Se plantea finalmente la terminación, luego de ocho años de tratamiento, la cual consideramos debe ser una fase prolongada, adecuada a los tiempos propios del paciente, a fin de que le sea posible elaborar la pérdida. En esta etapa aparece un mecanismo de sublimación a través de la creación poética.

En opinión de la autora, este caso sería una muestra de las posibilidades de tratamiento psicoanalítico en un sujeto con baja capacidad de simbolización. Esta parece desarrollarse más en función de sus crecimientos afectivos y vivencias emocionales en el transcurso de la transferencia-contratransferencia, base de nuestro trabajo, que de acuerdo a un “valor” intelectual dado.

Bibliografía

1. ARIAS, Mónica V. “La escucha de lo indecible”. Cap. XVI En *Psicoanálisis en problemas del desarrollo infantil*. Alfredo Jerusalinsky y col. Ed. Nueva Visión. 1988.
2. CORIAT, Elsa. “Una psicoanalista en París”. Cap. XIX en *Psicoanálisis en problemas del desarrollo infantil* Alfredo Jerusalinsky y col. Ed. Nueva Visión. 1988.
3. GIL, Daniel. “El yo y la identificación primaria”. En *Temas de Psicoanálisis*. Año VI - No. 10, Nov. 88.
4. MISES, Roger. *El niño deficiente mental*. Amorrortu Editores. 1975.
5. TAGORE, Rabindranath. Cap. 30 en *Lipika*. Ed. Pomaire. 1921.
6. WINNICOTT, D.W. *Realidad y juego*. 1971. Ed. Gedisa, B.A.